

IN MEMORIAM

THOMAS CHAIMOWICZ

El 14 de julio pasado, a punto de cumplir los setenta y ochos años, ha muerto en Salzburgo el profesor Thomas Chaimowicz, notable cultor de los estudios clásicos al tiempo que gran conocedor del pensamiento político moderno. Chaimowicz, nacido en Viena en agosto de 1924, de raza judía, tuvo que abandonar Austria en 1939 para, a través de Praga y luego Amsterdam, en viaje accidentado lleno de peripecias, recalar en Colombia.

En Santa Fe de Bogotá simultanea sus estudios de Ciencias Sociales y Económicas en la Escuela Normal Superior (1945-1947) con distintos trabajos como traductor. Será precisamente durante estos años cuando profundice en el conocimiento de latín. En 1947, en un paréntesis estadounidense, merced a una beca de que disfrutó en un *College* de Birmingham, y que le permitió obtener un bachillerato en Arte, fue abordado por agentes comunistas, que querían incorporarlo a su militancia. Su rechazo fue total, y por razones morales, pues —espíritu verdaderamente libre— repugnaba a su conciencia la obediencia a una «razón del Partido» que exigía a sus adeptos una obediencia ciega. De nuevo en Colombia, se licencia en Filosofía y Letras en la Pontificia Universidad Católica Javeriana de Bogotá, encomendada por la Santa Sede a la Compañía de Jesús. Siempre conservó gratísimo recuerdo de esta Universidad y de los profesores, algunos jesuitas, que allí conoció y trató. En particular recuerdo el elogio sincero del profesor Pedro Urbano González de la Calle, catedrático de filología latina en la Salamanca unamuniana, y a quien consideraba uno de los latinistas más eximios de Europa. También del padre Félix Restrepo, rector de la Universidad mientras él estudió, por cierto el primer judío que se graduaba en ella, y que a la hora de prestar el preceptivo juramento, sustituyó delicada y discretamente el ejemplar de la Sagrada Escritura por uno del Antiguo Testamento, adaptando igualmente —en un gesto de gran nobleza— la fórmula de aquél, a fin de no violentarle.

Regresa a Austria y primero en Viena y luego en Innsbruck estudia filología clásica e historia, licenciándose en 1953 en la última universidad. En los años siguientes desarrolla una intensa actividad como consejero, en particular de un banco estadounidense, y también de la Casa de Austria. Luego añadiremos algo sobre este extremo. En 1965 comienza la enseñanza del latín en la Universidad de Salzburgo, que continuará como libre-docente hasta el año 1986, en que a propuesta de varios profesores de Derecho romano, entre los que destaca el Rector Wolfgang Waldstein, fue nombrado, en reconocimiento a sus méritos académicos, profesor extraordinario en la Facultad de Derecho de Derecho público y Teoría política romanos. Igualmente formó parte del claustro de la Academia Internacional de Filosofía del Principado de Lichtenstein, donde regentaba, como profesor visitante distinguido, la «Cátedra Marco Tulio Cicerón de Filosofía social, Economía y Política».

Su obra escrita no es extensa, pero acribiosa en extremo. Recuerdo en particular dos notables obras sobre el pensamiento político de Montesquieu y Burke, de los que era gran conocedor. Del primero destaca los aspectos que podríamos denominar «clásicos» de su pensamiento, frente a la común interpretación «moderna». Entre nosotros, Juan Vallet de Goytisolo es autor de una notable relectura de la obra del Barón de la Brède, que subraya muy pertinentemente esa misma paradoja. El ejemplar que poseo de la obra de Chaimowicz tiene para mí especial significación, y no puedo evitar conmovirme al recordarlo, pues se trata del que había dedicado a su querido hijo Rafael, fallecido trágicamente en un accidente, y al que —al obsequiármelo— añadió unas cariñosísimas palabras. En cuanto a Edmund Burke, precisamente en uno de los primeros números de *Razón Española* vio la luz una muy aguda nota suya sobre el autor de las *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, que el llorado Gonzalo Fernández de la Mora hubo de encontrar en alguna revista conservadora estadounidense, en las que de cuando en cuando el escritor austriaco colaboraba merced a su amistad con Russell Kirk y otros escritores de los llamados *paleoconservatives*. Seguro que nuestro llorado amigo, lejos de resultarle antipático el término, encontraría en él fuente de regocijo.

Por mi parte, tomé conocimiento de la figura de Chaimowicz precisamente a través de dichas revistas y artículos, de modo que cuando años más tarde lo encontré en el programa de los coloquios que el príncipe Enrique Starhemberg organizaba en su castillo de Eferding, podría decir que estaba ante un viejo amigo. Pero donde lo traté, de verdad, con hondura, fue en el ambiente plácido de las veladas otoñales del Instituto Rosmini de Bolzano. Allí coincidimos en diversas ocasiones en el curso del último decenio y gocé de su conversación culta y de su amabilidad exquisita. Iba acompañado de su segunda mujer, que lo idolatraba, y a quien se veía que quería tiernamente, con quien había contraído nupcias tras haber quedado viudo de la primera, de la que hablaba con infinita melancolía. Una melancolía que afloraba con fre-

cuencia, fuesen cuales fuesen los temas de la conversación. Viéndole y escuchándole era imposible no recordar el verso de Lope: «Que es la caballería dulce cansancio envuelto en cortesía». Sí, Thomas Chaimowicz desprendía un dulce —no por falta de amarguras, que se adivinaban, y muchas— cansancio. Y su cortesía discreta, natural y aun humilde era la del caballero. Iba a escribir la del caballero cristiano, cuando Thomas Chaimowicz era judío, y orgulloso de serlo. Ciertamente es que nunca advertí en él esa exhibición y victimismo ejercientes que han caracterizado a tantos de sus hermanos de raza y religión desde las persecuciones hitlerianas. Aunque también lo es que quizá la experiencia íntima de la adversidad fraguó en él una unión con sus hermanos y compañeros en la misma de la que le debió parecer indecente desligarse luego, una vez tornada la calma. Pese a que su segunda mujer, su viuda, Rose Marie, sea católica firme y consciente. Como quiera que sea siempre le vi *naturaliter christiano*, respetuoso con todos, piadoso, afectuoso. Aunque, no lo oculto, pues entre mis muchos defectos no se haya, a Dios gracias, el profesar el error del ecumenismo, deplorara que no diera el paso del Gran Rabino de la Roma de la II Guerra Mundial, Zolli, el que llevó tras haber visto la luz y abrazado a ella el nombre de Eugenio por el gran Papa Pacelli. Son los misterios que Dios —en el conocido verso de Pemán— pesa en sus altas balanzas de cristal y ante los que hay que detenerse con respeto reverente.

Recuerdo imborrablemente su tono de voz quedo, en un castellano dulce, como aprendido en la Nueva Granada, en que solíamos hablar durante largo rato, para de vez en cuando pasar al inglés en atención a su mujer y dada mi incapacidad para hilar tres frases en tudesco. Y sus aventuras colombianas, y sus desgarros familiares, en especial la pérdida ya referida de su adorado hijo Rafael. Y su lealtad conmovedora al emperador, como siempre le llamaba, al Archiduque Otón de Austria, de quien fue consejero durante largos años y de cuyos hijos fue preceptor. De Carlos, el heredero, su discípulo en años en que le enseñó, junto con sus hermanos, humanidades a través de la conversación sosegada en su biblioteca, hablaba con gran cariño y defendía, con la serenidad de siempre, su matrimonio con la hija del famoso barón coleccionista de arte, reputando infundadas las críticas de la que quizá sea la *sanior pars* de los Lorena, otrora Habsburgos. Yo, habsbúrgico de corazón, reconvertido sólo al borbonismo por los Reyes carlistas, le replicaba con mi vehemencia consuetudina que S. A. I. R. Don Otón de Austria se había travestido en el Doctor Otto de Lorena, que el rey se había tornado en el parlamentario europeo, y que uno de los faros de la Cristiandad había quedado en director del movimiento Paneuropa fundado por el conde masón Koudenhove-Kalergi. Que había abandonado el legitimismo y el tradicionalismo para acogerse a las banderas de la democracia cristiana culpable de la laicización de Europa. Que autorizando del modo como hizo el matrimonio de Carlos, el primogénito, había destruido la unión de la familia. Y que daba tristeza ver donde había parado el hijo

la emperatriz Zita y del emperador Carlos. Todo ello haciendo salvedad, porque es de justicia, de sus grandes cualidades intelectuales y personales. Y de la admiración que en mí había producido siempre su trato, propiciado por el que fue su gran valedor en la primera etapa de su carrera, el inolvidable Alfredo Sánchez Bella. Y volviendo a la carga finalmente para criticar el comportamiento con su tío Don Javier de Borbón Parma, para mí Don Javier I, el hermano de Doña Zita, a quien pretirió siempre a favor de la Rama liberal de Juan Carlos y su padre.

En Bolzano Thomas Chaimowicz siempre hizo gala de su profunda erudición, no postiza, sino metabolizada. Y de la finura de su juicio. Sus ponencias tanto como las intervenciones menores eran un prodigio de verdadera cultura, sutilmente irónica, pero de un ironía inocente, nunca ácida. Recuerdo una del año 1993 sobre la integración europea, así como haber leído la anterior de 1989, a propósito de la crítica de Burke a la Revolución francesa. Su coetáneo Gonzalo Fernández de la Mora, a quien como ya he dejado dicho en otra ocasión tuve la satisfacción de llevar a Bolzano y de incorporarlo como socio a su Instituto Internacional de Estudios Europeos, donde fue ponente en 1993 y 1996, lo conoció en persona precisamente en la primera de esas fechas. Trabaron de inmediato buena amistad y compartimos, junto con sus mujeres, Rose Marie e Isabel, alguna cena. Ahora el recuerdo de la desaparición del querido amigo austriaco agranda la pena y el vacío que nos ha dejado la de Gonzalo.

El profesor Danilo Castellano, director del Instituto de Bolzano, en la despedida de Chaimowicz, ha escrito unas palabras que todos los que le conocimos no podemos sino firmar: «Se distinguió por el trato señorial incluso cuando se sentía obligado a disentir, y de hacerlo radicalmente, de las opiniones de otros. Profundamente respetuoso de la dignidad humana a pesar (y quizá, sobre todo, después) de las duras travesías de su vida, deja un ejemplo de alta humanidad y de nobleza de ánimo». Que el Señor lo haya acogido en su seno.

MIGUEL AYUSO